

Acta Médica
Grupo Ángeles

Volumen **2**
Volume

Número **2**
Number

Abril-Junio **2004**
April-June




Artículo:

Editorial.




El premio “Eduardo Liceaga” al Dr.
Samuel Karchmer

Derechos reservados, Copyright © 2004:
Grupo Ángeles Servicios de Salud

**Otras secciones de
este sitio:**

-  **Índice de este número**
-  **Más revistas**
-  **Búsqueda**

***Others sections in
this web site:***

-  ***Contents of this number***
-  ***More journals***
-  ***Search***



Medigraphic.com



El premio “Eduardo Liceaga” al Dr. Samuel Karchmer

El Dr. Samuel Karchmer recibió la presea “Dr. Eduardo Liceaga”, máximo galardón que se otorga anualmente a un médico mexicano destacado, de manos del Lic. Vicente Fox Quesada Presidente de la República, el 14 de abril del presente año. Durante la solemne ceremonia que tuvo lugar en la residencia presidencial de Los Pinos el Dr. Karchmer, en representación de los premiados, dirigió un discurso de agradecimiento que reproducimos íntegramente a continuación:

Cumplo, en primer término, con el honroso encargo de los premiados en este acto solemne, para agradecer la distinción que fuimos objeto en momentos de gran significancia académica.

Al recibir la condecoración “Dr. Eduardo Liceaga” y al oír las palabras generosas hacia mi persona, me asaltan sentimientos contradictorios, porque no todo estriba en la satisfacción de recibir un honor, sino en la dura responsabilidad de merecerlo. Y yo sé lo parco de mis merecimientos. Debo confortarme con la idea de que el grado honorífico, más que a mi persona, es otorgado a la ginecología y obstetricia de mi país, al esfuerzo de su profesión médica para alcanzar el plano de una madurez fecunda. Puedo así recibirlo con humildad y al mismo tiempo con orgullo.

Para aprender a ser médico se requiere mucho tiempo y muchos ingredientes, pero es indispensable un maestro, no solamente aquel que sólo posee el tesoro de saber, sino el que está dispuesto a compartirlo; caminar la vida con avidez de un estudioso que busca la verdad, pero también con el gesto del sembrador que lanza a mano abierta su grano; tener la altura intelectual propia del que enseña con el ejemplo; hacer que quepan juntas, con el alma, la ambición de subir más, la generosidad de guiar e impulsar a sus discípulos y de gozar un día con su triunfo.

Mis maestros me convencieron de que el ser humano tiende, en forma natural, a su superación. A lo largo de la historia, muchos pensadores se han cuestionado acerca del sentido de la vida, yo me inclino a creer que el trabajo diario y la búsqueda de la superación en forma personal y a través del núcleo familiar, son la razón de nuestra existencia.

Como suele suceder, las ideas se conciben –al fin y al cabo es el primer paso– y luego se desean hasta que se vuelven una obsesión y se transforman en realidad. Es un sencillo pero laborioso proceso que se aplica a todas las actividades y planes de la vida cotidiana. Para muchas personas el deseo se queda en eso; deseo, ideas, ilusiones. Se requiere, pues, que una idea tenga tal fuerza que se vuelva subyugante, y como fenómeno lógico, ocurra una metamorfosis.

Hoy la faena es distinta y debemos afrontar una seria responsabilidad. Han pasado muchas tormentas y quedó sólo un fértil olor a tierra húmeda. Miremos hacia delante y del pasado renovemos sólo recuerdos favorables. No hay duda que los tiempos son hoy difíciles y adversos. Parecería que un fatalismo negativo quisiera apoderarse y aprisionar a nuestra humanidad.

Hacemos votos para que triunfe el “hombre”, sobre los intereses mezquinos, unos con otros, los intereses feos y tenga el mundo un empujón definitivo hacia un ideal generoso. Entendemos que las angustias y las miserias no son quizá más graves que las del pasado, pero toman actualmente una dimensión planetaria... ellas abruman nuestra conciencia de hombres “pensantes”. No obstante creo firmemente, debiéramos entonar el “canto”, no porque ignoremos o dejemos de lado la inmensa frustración actual, de la cual –de alguna manera– todos más o menos padecemos, sino al contrario, porque es necesario aliviarla y si se quiere ayudar en vivirla, evitemos en lo que sea posible el pesimismo moral.

El ser humano que conceptualiza el “ser mejor” y lo incorpora a su vida sabe que tiene una misión histórica que cumplir. No nos desgarramos las ropas por las condiciones del mundo actual y no nos preocupamos por el mundo que heredaremos a nuestros hijos; más bien debemos preocuparnos en qué hijos vamos a heredar al mundo; que nuestros hijos, trabajadores, alumnos, etc., en todos aquéllos en que tenemos influencia sean portadores de nuestra esencia, de valores superiores que hagan avanzar a la comunidad a la que pertenecemos. ¿Alguno se ha preguntado por qué se tiene un hijo?

Desde luego, no se puede pensar en traer a un ser humano nada más para engordarlo como ganado, sino

que es a través de nuestra descendencia como contribuimos al avance de la humanidad.

Hasta ahora hemos escuchado frecuentemente y con inevitable reiteración, las palabras “esfuerzo” y “trabajo”. Esto debe darse por supuesto, pero ahora hay que añadir, la palabra “disciplina” pues sin ella pierden sentido las anteriores.

Ahora más que nunca se requieren seres humanos que estén por encima del caos. Son los indispensables para lograr construir una sociedad y un mundo superior, seres que no se limiten nada más a criticar lo que está mal, sino individuos que marquen senderos, que encaucen el logro de ideales. Nuestro país ha logrado avanzar gracias a los mexicanos que han entendido su compromiso histórico. Una empresa o nación mediocres lo son porque sus líderes han sido guías de la mediocridad y la corrupción.

México ya no es el México de hace diez años, ni el de hace cinco, ni de hace uno. Es el de ahora, y ahora más que nunca se requieren líderes comprometidos consigo mismos y su nación. Ahora es nuestro turno, nos urgen hombres y mujeres auténticos que no se vendan al poderoso, ni trafiquen con sus valores. Hombres y mujeres dispuestos a morir de pie en defensa de sus ideales, que vivan de acuerdo a sus convicciones y que estén dispuestos a heredar un México mejor.

Una nueva generación de individuos que sustenten la honestidad como aval de cada una de sus acciones, la justicia y la equidad como expresión máxima de su poder, que promuevan las fuentes de riqueza para erradicar la miseria, que sean paladines de la libertad propiciando la realización plena del ser humano.

Recordemos que nuestro mundo moderno se ha hecho en menos de diez mil años; en doscientos ha cambiado más rápidamente que en todos los milenios precedentes. La duda se justifica, repetimos, si se concibe a la medicina con la estrecha orientación hacia lo somático, paulatinamente predominante. Pero si comprendemos en ella cómo cada día es más deseable y cómo también de modo progresivo se viene intentando, si le conferimos además de lo somático, la indagación racional de lo humanístico y lo social.

Conviene por eso revisar, olvidando nuestros viejos prejuicios, todos los hechos aislados, las leyendas, tradiciones y viejas doctrinas que han venido sosteniendo la realidad de esa entelequia, a pesar del escepticismo paralizante de muchos científicos.

Insistimos simplemente en llamar la atención hacia renovadas inquietudes, ya no esotéricas ni primitivas, sino fincadas en los recientes avances de la ciencia experimental y avaladas por rigurosos y ecuanímenes razonamientos. Con tales premisas, se busca la comprobación objetiva, rigurosamente científica de ese legendario principio. Formulamos una invocación para que cuando esto se logre, los albores de un futuro propicio orienten la evolución de la medicina por los todavía ocultos caminos del humano perfeccionamiento. La medicina del futuro seguirá las orientaciones que las nuevas generaciones decidan. Si, como decía William Osler: “Las filosofías de una era se convierten en el absurdo de la era siguiente, también es cierto que las necesidades del ayer pueden ser la inspiración del mañana”. Es decir, las nuevas generaciones encontrarán dónde inspirarse, y devoción e idealismo han guiado, tradicionalmente, el ejercicio de nuestra profesión.

No hay otra recompensa mejor, en esta vida corta de todos nosotros, que la noción de haberse enfrentado a problemas serios y haberlos resuelto con coraje y con humildad, con rectitud sin ostentación, conscientemente pero sin desprecio, con firmeza pero sin arrogancia. No hay lugar para la desesperanza en los jóvenes cuando hay capacidad, voluntad, razón, honestidad y confianza. No hay lugar para el decaimiento en los jóvenes, aun ante los juicios adversos. No hay lugar para la claudicación en los jóvenes cuando hay mística en la acción y pensamiento positivo.

No hay lugar para la frustración en los jóvenes cuando se entiende que el éxito no debe buscarse en el juicio de los demás, eso vendrá por añadidura, sino en la satisfacción interior, profunda, intensa, sincera y auténtica de haber dedicado a la vida, a la familia, a la profesión, a los amigos, a los discípulos y a uno mismo, lo mejor de aquello con que fue dotado, procediendo siempre, aun con la adversidad, con honestidad y corrección.

La vida que es generosa, otorga muchas posibilidades pero hay una sola manera de vivirla y hay que vivirla bien. Si se hace así, con o sin historias escritas se habrá ganado algo mucho más importante: el respeto de la comunidad científica.

Necesitamos urgentemente más Salud en la política y no política en la Salud. Tal se merece México y tal se merece la ciencia universal.

Muchas gracias
Dr. Samuel Karchmer*

* Hospital Ángeles de las Lomas, Vialidad de la Barranca s/n, Col. Valle de las Palmas, 52763, Huixquilucan, Edo. de Méx. Correo electrónico: cepam@infosel.net.mx